

EL TERREMOTO DE NIZA. UNA FUENTE INÉDITA DE NIETZSCHE:  
GUY DE MAUPASSANT<sup>1</sup>

The Nice Earthquake. A Nietzsche's Unpublished Source:  
Guy de Maupassant

*Giuliano Campioni y Maria Cristina Fornari*  
Università degli Studi di Pisa

1

Hacia las seis de la mañana del 23 de febrero de 1887, miércoles de ceniza, Niza es despertada por un violento terremoto. Meta de turistas de categoría, cuya llegada y actividad mundana en las villas y en los grandes hoteles vienen puntual y orgullosamente registradas y comentadas en las columnas de los diarios locales, sedes de teatro, casinos, así como de un fastuoso carnaval que ha concluido la noche anterior dignamente con majestuosos fuegos artificiales en el Paseo de los Ingleses, la ciudad cosmopolita pierde de repente toda su alegría.

La primera sacudida ha sido casi imperceptible, casi nadie se ha dado cuenta. Ocho minutos después, una segunda sacudida ha hecho temblar las casas desde sus cimientos. Ha sido como una laceración. Todo crujía, las paredes, los muebles, los despertadores sonaban, los perros ladraban. La gente aterrorizada y temblando saltó de sus camas, y se dio prisa en dejar su habitación. Las calles presentan pronto un espectáculo de lo más desolador. Mujeres vestidas de mala manera corren de un lado para otro descompuestas, llorando, gritando, apretando entre los brazos a los bebés sacados desnudos de sus cunas. El río humano, desde todas las calles, desembocaba en las plazas<sup>2</sup>.

Los periódicos locales dan la imagen impactante de la tragedia, que ha transformado la ciudad de repente «en un campamento nómada»: en la plaza Masséna, en el paseo de los Ingleses, en los jardines públicos, a lo largo de la playa, la multitud es numerosa; se instalan sillas, se llevan a espacios abiertos las camas con los enfermos; «hay una extraña mezcla de gente de toda condición, obreros en camisa, mujeres vestidas con harapos junto a batas de felpa de las ‘mujeres de mundo’ con los ojos hinchados por el insomnio y el cansancio del baile, pelucas rubias con los pelos de punta»<sup>3</sup>. Los coches de caballo se cogen al asalto a precios desorbitan-

1. Maria Cristina Fornari es autora de la primera parte del presente ensayo; Giuliano Campioni, de la segunda parte.

2. *Le petit niçois*, 24 de febrero de 1887.

3. *Ibid.*

tes y los tranvías repletos de gente, de paquetes y de baúles, se abren paso con dificultad entre la masa de gente: buscan dejar la ciudad, refugiarse en el campo o en la costa, olvidándose que el peligro está por todas partes; pero las taquillas están cerradas, los trenes parados, «por temor a la catástrofe que puede ocurrir por el lío que se produce en la circulación»<sup>4</sup>. Casi con las mismas palabras, los escenarios del acontecimiento son transmitidos a París por el cronista del *Figaro*.

Friedrich Nietzsche está en Niza, en su cuarto día de estancia en la Riviera. Llegó sobre el día 20 de octubre de 1886, después de un periodo en la *Pension de Genève*<sup>5</sup>, en la calle St. Étienne, según su costumbre, se ha alojado en la calle de las Ponchettes 29 (hoy 17), en una habitación del primer piso soleada, para recuperarse de «dos meses de frío y humedad». Las vistas del anterior alojamiento en la calle St. François de Paule, donde se había hospedado desde noviembre de 1885 hasta todo abril de 1886, entre el mar y los jardines de la *Avenue des Phocéens*, le habrían quizás ofrecido un espectáculo mucho más vivo del pánico de la gente: un pánico que evidentemente no le atañe, si él se jacta de haber *incluso* olvidado mencionar el terremoto en las cartas que escribió el 23 de febrero. Una actitud diversa había tenido Nietzsche a propósito del terremoto que el 28 de julio de 1883 había devastado Ischia, la isla en la que había pensado en un principio para pasar el verano. Así escribe el 3 de agosto de 1883 desde Sils-Maria a Köselitz: «Acabo de enterarme de que he escapado una vez más a la *muerte*: pues durante cierto tiempo era muy probable que había de pasar el verano en Ischia, en Casamicciola»<sup>6</sup>. Y sobre esto vuelve en una segunda carta, como si la catástrofe de la que había escapado comportase «aquel miedo póstumo que experimenta todo aquel que haya pasado inconscientemente a través de un monstruoso peligro»<sup>7</sup>, al que Nietzsche más de una vez se ha referido<sup>8</sup>. El acontecimiento adquiere un significado simbólico:

La suerte que ha corrido Ischia me está conmoviendo cada vez más<sup>9</sup>; además de lo que le concierne a cada uno de nosotros, hay algo en este suceso que me toca de cerca y que me afecta de manera particularmente espantosa. Esta isla estaba tan presente a mis sentidos: cuando haya leído hasta el final el *Zarathustra II*, se le aclarará DÓNDE buscaba mis «islas bienaventuradas». «Cupido danzando con las jovencitas» sólo es comprensible inmediatamente en Ischia (las mujeres de

4. *Ibid.*

5. Nietzsche se alojaba en las dependencias de la pensión (la cercana Villa Speranza): véase el esbozo de carta al general Simon en torno al 20 de octubre de 1886 (CO V 230). Los diarios locales no señalan su presencia entre los extranjeros llegados a Niza, cosa que hicieron en el estancia de invierno de 1887-1888 cuando su nombre es registrado, aunque erróneamente, como «Vietzsche» y «Nietzsche Allemagne» Cf. *Le petit niçois* y *L'Éclair du Littoral*, ambos del 24 de octubre de 1887.

6. CO IV 390.

7. HH II, Prefacio, § 3.

8. En la carta a Wagner que acompaña el envío de la *Intempestiva* sobre Bayreuth, a principios de julio de 1876, Nietzsche se compara alusivamente a sí mismo, por haber osado publicar el escrito (que pone en cuestión su situación personal), con el «caballero del lago de Constanza» que atraviesa —sin darse cuenta— al galope la superficie helada del lago. Cuando alcanza la otra orilla, informado de su imposible y loca cabalgada, muere por el horror y el espanto del peligro al que se ha expuesto (CO III 162). Cf. G. Schwab, «Der Reiter und der Bodensee», en *Gedichte*, Stuttgart, 1828, vol. I, pp. 364-66.

9. El terremoto ocurrido el 28 de julio de 1883, cf. CO IV 390.

Ischia dicen «Cupedo»<sup>10</sup>. Acababa de terminar mi poema y hete aquí que la isla se desmorona<sup>11</sup>.

La actitud del filósofo que se encuentra en medio del terremoto de Niza es distinta, ligada a la ostentación de una sangre fría que lo aísla entre derrumbes y desórdenes que afectan a los «sistemas nerviosos». Solo al día siguiente Nietzsche piensa en tranquilizar a la familia y a los conocidos: mientras la oficina del telégrafo es asaltada (por un total de 62.500 despachos en los cuatro días después del terremoto<sup>12</sup>), él se excusa lacónicamente de que solo pueda escribir por el momento tarjetas postales.

Querido amigo: quizás esté inquieto por las noticias sobre nuestro terremoto: aquí unas líneas, que le dirán por lo menos cómo estoy yo. La ciudad está llena de sistemas nerviosos derruidos, el pánico en los hoteles, increíble. Esta noche, alrededor de las dos a las tres, di una vuelta y visité algunas personas amigas que creían prevenir el peligro estando al aire libre, en bancos o en coches de alquiler. Yo, personalmente, estoy *bien*; hasta ahora, en ningún momento miedo ie incluso mucha ironía<sup>13</sup>.

Mi querida madre: solo unas líneas para tranquilizar, en caso de que te hayan intranquilizado las noticias sobre nuestro *terremoto*. Es cierto que la mayoría de los forasteros perdieron la cabeza; pero tu vieja criatura, no. Esta noche, alrededor de las dos a las tres, hice una pequeña vuelta de inspección por la ciudad, visitando especialmente los hoteles que conocía, que en parte han sufrido mucho: sus moradores han pasado al aire libre la noche, de un frío penetrante, acostados envueltos en bancos, o en coches de alquiler, etc. Al anoecer cené en la *Pension de Genève*, al aire libre, por supuesto: no había más que sistemas nerviosos derruidos, con excepción de la anciana pastora, que, al igual que yo, estaba de buen humor. Para Niza es un gran golpe; de repente, la estación ha terminado<sup>14</sup>.

Nietzsche continúa comiendo en la *Pension de Genève*: los huéspedes se niegan a sentarse en las mesas. A pesar de las palabras tranquilizadoras de los periódicos y de la administración pública, las sacudidas se suceden y es precisamente un nuevo temblor violento, la noche del 24, lo que despierta a Nietzsche y lo induce a salir, no por miedo, sino por curiosidad intelectual y divertida *flânerie*<sup>15</sup>.

10. El segundo capítulo de *Así habló Zaratustra II* se titula «En las islas bienaventuradas». La imagen de «Cupido danzando con las jovencitas» aparece en la misma parte, en el capítulo «El canto de la danza».

11. CO IV 398, 16 de agosto de 1883.

12. Cf. *Le petit niçois*, 2 de marzo de 1887.

13. CO V 271, carta a Köselitz, 24 de febrero de 1887.

14. A Franziska Nietzsche, carta postal del 24 de febrero de 1887 (CO V 272).

15. Nietzsche mantiene la actitud fría e irónica durante los días sucesivos, cuando las sacudidas de asentamiento se repiten y el pánico general no cesa. En una carta a Köselitz del 7 de marzo, frente a las previsiones de nuevas sacudidas hechas por el austriaco Rudolf Falb, que no obstante las dudas difundidas sobre la seriedad científica de sus teorías había adquirido popularidad por su aceptada profecía, Nietzsche escribe: «Me quedaré hasta el 3 de abril, espero que sin tener más contactos con el *terremoto*: ya que ese doctor Falb lanza advertencias para el 9 de marzo, día en el que espera un recrudescimiento de los fenómenos en nuestra región, lo mismo que para el 22 y 23 de marzo.

Aquí, en *nuestra* tierra de sol ¡qué cosas diferentes tenemos en la cabeza! Ahora Niza acaba de tener su largo carnaval internacional (con preponderancia de españolas, dicho sea de paso) y a continuación inmediata, seis horas después de la última *girandola*, volvió a haber otros estímulos de la existencia que se experimentan con menos frecuencia. Efectivamente, vivimos con la más interesante expectativa de *perecer*, gracias a un benévolo terremoto que hace aullar por doquier no sólo a todos los perros. ¡Qué divertido cuando las viejas casas crujen encima de uno como molinillos de café!, ¡cuando el tintero se vuelve autónomo!, ¡cuando las calles se llenan con figuras espantadas semidesnudas y sistemas nerviosos derruidos! Esta noche, *comme gaillard* que soy, hice alrededor de las dos a las tres una ronda de inspección por las diferentes partes de la ciudad, para ver dónde era mayor el miedo, la población estaba acampada día y noche al aire libre, tenía un bonito aspecto militar. ¡Y en los hoteles!, donde ha habido muchos derrumbes y por consiguiente reina un pánico total. Encontré a mis amigos y amigas echados lastimosamente bajo árboles verdes, envueltos, pues hacía mucho frío, y pensando tenebrosamente en el final a cada pequeña sacudida. No me cabe duda de que esto hace que la estación tenga un final repentino, todo el mundo piensa en *partir* (suponiendo que se pueda salir y que los ferrocarriles no hayan sido los primeros «demolidos»). Ya ayer noche no hubo manera de que los huéspedes del hotel en el que como tomaran su *table d'hôte* en el interior de la casa, comimos y bebimos al aire libre; y exceptuando a una anciana señora muy pía, que está convencida de que el buen Dios no le está *permitido* hacer ningún mal, yo era la única persona *jovial* en medio de puras máscaras y «pechos sensibles».

Acabo de encontrar una hoja de periódico que te presentará esta última noche de manera mucho más plástica que la de que es capaz tu amigo. Te la adjunto, léela, por favor, a tu querida mujer y conservadme bien en el recuerdo. Fielmente. Tu Nietzsche<sup>16</sup>.

El mismo día, Nietzsche adjunta con la carta dirigida a su amigo Overbeck una recorte del periódico. El artículo enviado por Nietzsche, que evidentemente influye en el tono de su carta, no se ha conservado. Se trata probablemente de un recorte de uno de los diarios locales, que trataban de transmitir noticias tranquilizadoras para limitar la diáspora de los huéspedes y de los turistas. En el archivo *Goethe-und-Schiller* de Weimar, entre las cartas de Nietzsche<sup>17</sup>, se conserva por el contrario otro artículo pensando hasta ahora, erróneamente, que era el que

Hasta ahora me he mantenido con la suficiente sangre fría y he vivido, en medio de millares que se habían vuelto locos, con un sentimiento de ironía y fría curiosidad. Pero no se puede garantizar nada de uno mismo: quizás esté en pocos días menos razonable que nadie. Lo repentino, lo *imprévu* tiene su atractivo...» (CO V 281). La significativa referencia —psicológicamente liberadora— es al «*imprevisto*, el divino imprevisto» valorado por el amado Stendhal, que Nietzsche podía encontrar en el ensayo dedicado a él por Bourget (Stendhal [Henri Beyle], en *Essais de psychologie contemporaine*, Paris: Lemerre, 1883, p. 267; ed. italiana *Décadence. Saggi di psicologia contemporanea*, ed. de F. Manno, Torino: Aragno, 2007, p. 153) y en la biografía de Romain Colomb que precedía a Stendhal, *Armance*, Paris, 1877, BN, p. XLII: «Beyle ha adorado siempre lo imprevisto, no soportaba ninguna molestia impuesta por cualquier deber, y se encontraba en continua rebeldía contra toda obligación que no fuese acompañada de algún placer». Cf. Stendhal, *Mémoires d'un touriste*, Paris: Calmann-Lévy, 1877, p. 72; *Correspondance inédite. Précédée d'une introduction par Prosper Mérimée*, Paris: Michel Lévy Frères, 1855, p. 153.

16. CO V 273-274, a Reinhart von Seydlitz, 24 de febrero de 1887.

17. GSA 71, BW 308.

había adjuntado con las cartas del 24 de febrero y como tal publicado por el aparato de la edición crítica del *Briefwechsel*<sup>18</sup>: no hay indicación de fuentes, ya que en el recorte no figuran las últimas líneas y el encabezado es en realidad un artículo del 26 de febrero de 1887. El autor, oculto bajo el seudónimo de Santillane, es el periodista Gérard, que echaba una mirada irónica, desencantada y cínica sobre el acontecimiento desde las páginas del *Gil Blas* de París, con el que colaboraba de maneja regular:

Todo tiembla: las cancillerías, la bolsa, Niza, Cannes, Marsella, hasta *Madame* Flourens, que desde su famosa aventura con *Mademoiselle* de Münster no ha tenido la valentía de dejarse ver. El *Gymnase* debería poner en escena una de las piezas más encantadoras de su repertorio: *Les Trembleurs*. Tendría un éxito inmediato por su actualidad. En Niza, más que en ninguna otra parte, se ha temblado terriblemente y nada podría describir el espectáculo ofrecido por la ciudad en esta inolvidable jornada del miércoles de ceniza. Imaginense a toda la población que se ve levantada bruscamente de la cama, por la calle, presa del pánico, idespués de los bailes, los banquetes y las locuras del martes de carnaval!... Ni pudor, ni escrúpulos: madres de familia desvestidas como muchachas de las casas de placer, parejas clandestinas que desvelan, sin pudor, los secretos de su intimidad, hombres sin pantalones, mujeres sin enaguas; gente con máscaras, todavía con los adornos del día anterior, sustraídos de repente de alguna juerga nocturna y dispersa en esta muchedumbre enloquecida, pálida, castañeando los dientes. Cada uno solo piensa en salvar la piel sin saber dónde ir a ponerse a cubierto. Los coches de caballo, las casetas de baño en el mar son tomadas al asalto; las tiendas de artículos de viaje son invadidas para conseguir tiendas de campaña; se construyen refugios en menos de un segundo, como los de los salvajes, con clavijas, chales, mantas, toallas de playa; todos acampados al aire libre, como un grupo de nómadas, en una impactante promiscuidad, vestidos extravagantemente, dispersos con enseres de todo tipo, dedicándose a su higiene personal, cocinando, comiendo, bebiendo, deprimiéndose unos a otros. El miedo lo agita y lo mueve todo. Las estaciones de tren asediadas por gente que quiere huir a toda costa, ino importa cómo! Los equipajes son abandonados en los hoteles. La preocupación por sobrevivir hace olvidar cualquier otra consideración. Todas las cabezas al viento y todos los cerebros boca abajo. ¡Qué espectáculo, y cómo conseguir dar una idea de ello!

Si no fuesen desgracias de otros de las que dolerse, hoy, que ha pasado ya el peligro, habría solamente que reírse de todo este pánico desenfrenado. ¿Es ciertamente posible que el instinto de conservación impulse a la pobre humanidad a tales extremos? ¡Ah!, por miserables que sean sus harapos están apegados al corazón del hombre, y el señor Caro, que estudió recientemente las causas y los efectos del miedo, hubiera encontrado preciosos documentos en Niza, durante la crisis que acaba de producirse. Hablo de crisis porque no es necesario que la exasperación de los hechos transforme una simple y, en el fondo, insignificante alarma, en una catástrofe irremediable para la ciudad y para las otras estaciones invernales del litoral mediterráneo. En esos sitios la temporada se encuentra todavía a la mitad de su curso. Todavía están en la programación las fiestas de la mitad de la Cuaresma y las de Pascua. El movimiento de los huéspedes de las villas entra ahora en plena actividad. Por todas partes hay programadas fiestas y recepciones. No es necesario que un loco pánico acelere las partidas e impida las llegadas. La alarma ha sido grande y repentina, ciertamente: es necesario por tanto darse más

18. KGB III 7, 3/2, pp. 895-896.

prisa. Las mentes han competido por desvariar: vuelven a encontrar su equilibrio tan rápidamente como lo han perdido. Ya no hay que temer más terremotos en las orillas del Mediterráneo; ¡que no haya más tremebundos! Lo exige la lógica más elemental y el mínimo sentido de humanidad, diré también, lo impone.

El terremoto del miércoles ha causado, en efecto, suficientes daños sin necesidad de que la irracionalidad de los tremebundos cause todavía más daños. Toda la población del litoral vive solo de la presencia de los extranjeros en esta temporada. Si el pánico los echa, será la ruina para miles y miles de familias. De un mal relativo se hará entonces un desastre irreparable. Antes de pedir la cuenta en el hotel o de sacar un billete de tren en la estación, conviene que cada uno piense en esta eventualidad. No hay que temer de ningún modo que el fenómeno que acaba de suceder vuelva a repetirse. La corriente volcánica que ha sacudido todo el sur de Europa ha pasado, y las observaciones científicas demuestran que no podría volver. Estad confiados por lo tanto, y que cada uno vuelva a dormir tranquilo<sup>19</sup>.

La descripción inicial del evento nace de la voluntad de escandalizar tomando, en tono paradójico y caricaturesco, las notas de las crónicas locales sobre la epidemia de pánico, regodeándose en el juego grotesco de las escenas, por las calles y las plazas, mezclas forzadas y desnudeces sin pudor ni escrúpulos. El cuadro divertido, que suscita la indignación de un diario local<sup>20</sup>, se refuerza con los anuncios de la crónica mundana y escandalosa de aquellos días (la «famosa aventura» entre *Madame Flourens* y *Mademoiselle* de Münster y el escándalo diplomático que le siguió<sup>21</sup>) y con una *pièce* teatral de éxito de 1861, *Les Trembleurs*, de Dumanoir y Clairville<sup>22</sup>. La sátira ingeniosa, dirigida a los pesimistas y a los alarmistas, ve al protagonista Bruneau temblar frente a cada cosa, desde la cuestión china a Garibaldi, de la primavera que llega a la «música del futuro» encarnada en la representación de *Tannhäuser* en París. La lectura asidua y mal digerida de los periódicos lo confirma en las propias ansias que curan solo con un folleto-antídoto que lo lleva a lo razonable:

19. Nietzsche, para mayor seguridad, escribe sobre el recorte de periódico, que evidentemente envía a algún correspondiente: «NB. las pérdidas humanas resultan, según una revisión más segura, insignificantes: alrededor de 1.000 personas para toda la Riviera: las cifras iniciales eran mucho más altas. F. N.».

20. Sobre *L'union artistique & littéraire* del 28 de febrero de 1887, aunque solo refiriéndose a un breve extracto de la primera parte, Léon Sarty reprueba el artículo de Santillane como «incalificable» y dañino para la imagen de la ciudad: un «cuadro innoblemente fantasioso», fruto de la «inmunda imaginación» del autor. «¿Quién se esconde bajo este seudónimo? Cuando se es... tan depravado para escribir cosas semejantes, se tiene al menos la valentía de firmar con su nombre verdadero [...] Este señor estaba en París, seguro que tranquilamente en su casa, cuando escribía esta infame calumnia [...] Las palabras son impotentes para expresar el disgusto y la indignación que os inspiran estas líneas». Por el contrario, *L'Éclair du Littoral* del 27 de febrero, citando solo la segunda parte, habla de «un excellent article», en el que «la situación del litoral, después del terremoto, es valorada en términos justos y simpáticos».

21. Un domingo de febrero de 1887, *Madame Flourens*, mujer del entonces ministro de Asuntos Exteriores, había visitado a la condesa Münster, hija del embajador alemán en París, revelándole que el general Boulanger había escrito una carta al zar comunicándole numerosos hechos relativos a su marido, el conde Münster. El episodio es parte de la densa trama de espionaje diplomático en desarrollo en aquel periodo entre las mayores potencias europeas.

22. Representada por primera vez en París, en el teatro de *Gymnase-Dramatique*, el 23 de marzo de 1861.

Los parisinos son todos pesimistas, / y nunca su espíritu está tranquilo, / y cuando el mundo está lleno de alarmistas, / está permitido, creo, estar alarmado. [...] // Cada persona es esclava de sus terrores: / todos los placeres nos parecen superfluos, / para no bailar todavía sobre la lava, se entumece y ya no se baila más. // Hacia la tumba los tesoros se encaminan / nuestros bienes están bloqueados/ los ricos se arruinan prudentemente / por temor de estar un día...arruinados. // Según dicen el cobarde que se rinde / sufre ya por temor a sufrir; / el corazón desfallece y la vida se apaga / al huir por miedo a morir. // Pensando, n nuestro espíritu desvaría: / prudentes sí, pero con coherencia, ¡oh Manes! / y para gozar de los días que Dios nos da / ¡divirtámonos incluso sobre los volcanes! / Dejemos pasar el tifón sobre nuestras cabezas / busquemos con nuestros ojos un horizonte más bello: // hemos visto otras tormentas / ¡y nuestro barco todavía está sobre el agua! [...] // ¡Fuera, fuera por tanto los pesimistas! / Quiero encerrarme en mi felicidad, / aunque el mundo esté lleno de alarmistas, / ¡nadie ya me podrá alarmar!<sup>23</sup>.

Nietzsche percibe el desapego casi humorístico y la superación de todo alarmismo con la referencia a la sensata racionalidad de la segunda parte del artículo (que el autor encontró en la moral advertida de la *pièce*): no se debe transformar en «catástrofe irremediable una simple y, en el fondo, insignificante alarma».

En cuanto nizano de elección, comparte más bien el temor de que el triste evento aleje a los extranjeros, la primera fuente de ingresos y de orgullo ciudadano. «Se comprende de suyo que hago todo lo posible para difundir un poco de ánimo y de tranquilidad», escribe, mientras considera las noticias de los diarios «un tanto exageradas y en parte falsas»<sup>24</sup>. Nietzsche vuelve a proponer, en una carta posterior a Emily Fynn, la actitud «gallarda» frente al terremoto y sus consecuencias: declara más de una vez «no haber estado de hecho impresionado» y no ser por eso digno de la compasión con la que la amiga se interesa por su suerte. Casi divertido, el filósofo comparte su sentido irónico y su fría curiosidad<sup>25</sup>.

23. «Ces Parisiens sont tous des pessimistes, / En aucun temps leur esprit est calmé, / Et quand ce monde est rempli d'alarmistes, / Il est permis, je crois, l'être alarmé. [...] // De ses terreurs chacun se fait l'esclave: / Tous les plaisirs nous semblent superflus, / Et, pour ne pas danser sur de la lave, / On s'engourdit et l'on ne danse plus. // Vers des caveaux nos trésors s'acheminent, / Nos capitaux sont tous emprisonnés, / Et prudemment tes riches se ruinent, / Par peur... de quoi?... d'être un jour ruinés. // À ses calculs le poltron qui se livre / Souffre déjà, par crainte de souffrir; / Le cœur défaille, et l'on cesse de vivre, / Pour échapper à la peur de mourir. // En raisonnant, notre esprit déraisonne: / Soyons prudents, mais soyons conséquents, / Et, pour jouir des jours que Dieu nous donne, / Amusons-nous, même sur des volcanes! // Laissons passer l'orage sur nos têtes, / Cherchons des yeux un horizon plus beau: / Nous avons vu de bien autres tempêtes, / Et notre barque est encore sur l'eau! [...] // Arrière donc, arrière, pesssimistes! / Dans mon bonheur je veux me renfermer, / Et dût ce monde être plein d'alarmistes, / Rien désormais ne pourra m'alarmer!». Dumanoir y Clairville, *Les Trembleurs*, Paris: Michel Lévy frères, 1861, pp. 26-27.

24. Carta a F. Overbeck, 24 de febrero de 1887 (CO VI 274).

25. Nietzsche comunica divertido que la casa en la que fueron escritas la tercera y la cuarta parte de *Zarathustra* va a ser demolida porque amenaza ruina. («¡Caducidad!...») («la casa en la que nacieron dos de mis obras ha sido tan sacudida y ha quedado tan insostenible que tiene que ser derribada. Para la posteridad esto tiene la ventaja de que tendrá un lugar menos de peregrinación que visitar») (a Emily Fynn, en torno al 4 marzo de 1887; cf. también la carta a M. von Meysenbug, finales de febrero de 1887, CO V 278 y 275.) Fynn responde sobre este punto: «Lamento mucho no poder cumplir con el peregrinaje a la casa derruida en la que ha compuesto dos de sus obras — pero se podrá consolar pensando que, por suerte, usted no estaba allí, y ¡ile deseo de todo corazón otro

Muy estimada señora:

Deseando expresarle mi agradecimiento más profundo por la compasión que me mostraba con tanta calidez, no puedo callar que se trata de una compasión *no merecida*: pues, por extraño que pueda sonar, he salido demasiado bien parado de toda la catástrofe como para tener algún derecho a ser compadecido. Todo el asunto fue extremadamente interesante, más aún, *absurdo*; y no menos ni más peligroso que, por ejemplo, un viaje nocturno en un *train rapide*. [...] En la primera noche, cuando todo el mundo acampaba al aire libre, dormí tranquilamente en casa hasta las 2: entonces vino de nuevo una fuerte sacudida, los perros aullaban en derredor, me vestí y emprendí una caminata por las diferentes partes de Niza, para ver a qué tonterías puede llevar el miedo al hombre. Fue la caminata *más interesante* que he hecho hasta ahora en Niza: a continuación dormí tan bien como antes<sup>26</sup>.

También en este caso Nietzsche ajunta a su carta un recorte del diario —no conservado— con «el único informe objetivo del suceso que he podido encontrar hasta ahora, hecho desde el promontorio del Cap d'Antibes, que usted conoce». Se trata sin duda del *Gil Blas* del 1 de marzo, con el artículo de un autor de excepción, Guy de Maupassant:

Terremoto. Antibes.

Conocemos los detalles, todos los detalles, del terrible terremoto que recientemente ha devastado y conmovido a toda la costa del Mediterráneo. No puedo añadir nada a la inquietante precisión de los hechos, pero quiero expresar alguna sensación personal. La manera de percibir e interpretar un accidente tan raro como un terremoto, puede revelar, a muchas personas que nunca han sido sacudidas por estas insólitas tempestades del suelo, el tipo de desconcierto y emoción que sin duda produciría sobre ellos. Es por lo tanto el reflejo de este fenómeno sobre los sentidos y sobre los nervios lo que trataré de evaluar, esforzándome en hacerlo de la manera más exacta posible.

La noche había sido muy bella y me había quedado despierto hasta tarde para observar el cielo plagado de estrella, y allí, en la otra parte del golfo, Niza iluminada, entre cantos y bailes durante esta última noche de carnaval. Cada medio minuto el faro giratorio de Villefranche abría su ojo de fuego sobre el mar; al mismo tiempo, el faro fijo del Cap d'Antibes, sobre el alto promontorio, semejante a una estrella monstruosa, recorría el horizonte con su mirada fija y circular. Luego, con vivo interés, me había puesto a leer *Pœuf*, la breve y maravillosa narración de Léon Hennique<sup>27</sup>, historia tan simple y tan dramática, de una conmovedora naturaleza y narrada con acento innovador de verdad. Finalmente me había acostado hacia la una de la madrugada, después de haber escrutado una vez más, por un instante, las luces lejanas de Niza, imaginando que allí tenían que ser particularmente felices.

Dormía profundamente, cuando fui despertado por espantosas sacudidas. Durante el primer momento de turbación, creí simplemente que la casa se estuviese cayendo. Pero cuando los golpes de mi cama aumentaron, las paredes comenzaron a crujir y todos los muebles chocaban haciendo un ruido ensordecedor, comprendí que estábamos siendo sacudidos por un terremoto. Me puse de pie en la habitación y alcancé la puerta cuando una violenta oscilación me lanzó contra

monumento distinto que una casa en ruinas!! Por lo demás, su monumento estará en el corazón de todos aquellos que han tenido la suerte y el honor de conocerle» (KGB III 6, p. 34).

26. CO V 277, 4 de marzo de 1887.

27. L. Hennique, *Pœuf*, Paris: Tresse & Stock, 1887.

la pared. Después de haber recuperado el equilibrio, llegué finalmente a las escaleras, donde oí el inquietante y raro repique de las campanas que tintineaban solas, como enloquecidas, o como si fieles servidores llamasen desesperadamente a los que seguían durmiendo para avisarles del peligro.

Mi doméstico bajaba corriendo el otro piso, no comprendiendo lo que sucedía y pensando que yo estaba aplastado bajo el techo de mi habitación, ya que los crujidos habían sido fuertes. Sin embargo, cuando todos finalmente había alcanzado el atrio y salieron al jardín, las sacudidas cesaron. Eran las seis, el día despuntaba dulce y rosado, isin un soplo de viento, tan puro, tal calmado! Esta absoluta tranquilidad del cielo durante esta espantosa agitación daba tal impresión y era hasta tal punto imprevista, que me sorprendió y me emocionó más que la catástrofe misma.

Esta encantadora aurora se teñía para nosotros algo de exasperante, repelente, cínico. Entré, no obstante, para coger ropa, mantas y dinero por si se fuese a repetir el evento, algo bastante verosímil, y nos hubiese obligado a abandonar la casa, suponiendo que la casa hubiese resistido una segunda sacudida.

[...]

Estábamos por tanto en el jardín, obligados a contemplar la aurora.

Desde la villa se ve todo el golfo de Niza y todo el Cap d'Antibes. Las costas se extendían más allá de la frontera italiana, bañadas por el mar de un azul intenso. A lo largo de las playas, los pueblos blancos, desde lejos, desde tan lejos, se parecían a huevos de pájaro depositados sobre la arena; luego las montañas se elevan viéndose aquí y allá sobre un pico un pueblo o un caserío. Y sobre todo se extiende la inmensa cresta nevada de los Alpes con sus picos puntiagudos, espléndidos y, en este instante, completamente rosáceos, de un rosa cegador bajo la aurora.

Se ha escrito además que en el momento de la catástrofe el cielo parecía en llamas! Se trataba muy simplemente de un alba maravillosa que ha podido sorprender y espantar a personas poco avezadas en salir tan rápido de su cama.

Pero parece que todo se ha calmado; y la tranquilidad de la mañana nos anima hasta el punto de que cada uno pueda volver a su habitación. Completamente vestido me echo encima de mi cama.

Pasan dos horas sin que nada turbe nuestro sueño, y nuestra confianza recobrada, cuando de repente me parece sentir un temblor casi imperceptible del suelo. Sin embargo, me parece que nada se mueve, se diría más bien un parpadeo de la tierra, un parpadeo profundo que de repente se convierte en un temblor. Me levanto rápidamente y grito. Las paredes crujen de nuevo con el ruido extraño y siniestro del que he hablado. Sufrimos una tercera sacudida más breve y menos intensa que las otras.

Desde este momento el suelo no deja de vibrar. No palpita, parece solamente agitado por un temblor casi imperceptible. Tal vez cesa durante algunas horas luego de imprevisto la ligera vibración vuelve a comenzar, dura un minuto o un cuarto de hora, cesa de nuevo y la tierra vuelve a ser estable bajo nuestros pies. Verdaderamente, se diría que es el zumbido de una locomotora en reposo, con los laterales cargados de vapor sin vías de salida para huir. Por otro lado, numerosas sacudidas bien perceptibles nos han despertado nuevamente: tres en la noche siguiente a la catástrofe, una durante el día y dos la noche siguiente. Hoy, nada; pero la tierra no ha dejado de temblar. Esperamos. En Antibes, un fenómeno ulterior, señalado también en diversos puntos de la costa, ha acompañado al movimiento de la tierra.

Al poco tiempo de la primera sacudida, el mar se ha retirado bruscamente, dejando sobre la arena peces y embarcaciones.

Después, la marea subió dos metros, una elevación de las aguas mayor que una ola, y ha llegado a cubrir la playa y finalmente ha vuelto a su nivel normal.

Diversos pescadores sostienen haber distinguido no lejos de la costa vórtices y remolinos; pero otros lo niegan y el hecho resulta muy dudoso.

Parece que este fenómeno raro deje en nosotros una emoción muy particular que no es de hecho el miedo, como en los incidentes, sino la sensación lacerante de la impotencia humana y de la precariedad. Contra la guerra, la fuerza; contra la tempestad, el refugio; contra la enfermedad, las medicinas y el médico, eficaces o no. Contra el terremoto, no se puede hacer nada; y esta certeza nos penetra mucho más por el hecho en sí que por la razón.

El refugio de cualquiera que sufra, de quien sea amenazado, es el propio techo, el propio lecho. Sin embargo, durante estas crisis de la tierra, nada hay más que temer que el lecho y el techo. Entonces, la imposibilidad de entrar en la casa de uno, hace del hombre una bestia errante, dispersa, asolada, en fuga, y llena de una angustia nueva e imprevista, la del civilizado obligado a campar como el árabe.

Además, para todos los habitantes de Niza que yo he encontrado, buscando refugio en torno a la ciudad de Antibes donde ninguna casa se ha derrumbado, parece que la emoción se haya acrecentado por la curiosa coincidencia de la terrible desgracia que ha terminado con el carnaval. Durante todo el día anterior habían visto máscaras; se habían acostado y dormido con estos rostros en los ojos, con estas caras, con estas muecas, estas figuras grotescas; y he aquí que se despiertan en medio de una ciudad en ruinas y un pueblo enloquecido por el terror.

Este contraste, en efecto, ha debido conmover sus espíritus de una manera extraña, producirles un efecto misterioso que en un siglo de fe habría bastado para consolidar una religión, puesto que yo mismo me doy cuenta de que mi lectura nocturna, que ha precedido el sueño de pocos minutos, esta historia de un soldado, Poëuf, que por celos ha matado a su superior, permanece y permanecerá en mi mente ligada a la emoción del terremoto. Cada vez que mi pensamiento vuelve al evento, el recuerdo del relato se me representa más vivo que el de cualquier otra lectura, y los hechos que son narrados allí se mezclan, a mi pesar, con los hechos reales de la noche.

## 2

De los recortes enviados por carta, por consiguiente, resulta que a Nietzsche le gustaba leer el *Gil Blas*. No hace falta subrayar la importancia que reviste esta información, hasta ahora poco conocida<sup>28</sup>. Fundado en el 1879 por Aguste Dumond, el diario parisino, de carácter predominantemente literario y satírico, tenía entre sus colaboradores a Barbey d'Aureville, Malot, Bourget, Zola, Catulle Mendès, Villiers de L'Isle-Adam, además del mismo Maupassant. Nietzsche tenía la posibilidad sin duda de poder verlos, junto a otros diarios y revistas, en los salones de lectura de la conocida librería Visconti, entonces el centro más vivo de consulta y difusión de la prensa extranjera<sup>29</sup>. En la librería Visconti desde 1885

28. Véase también la carta de Köselitz a Nietzsche del 2 de febrero de 1887: Nietzsche le había enviado el número de *Gil Blas* del 30 de enero, que contenía *Légende moderne von Philippe-Auguste Villiers de l'Isle Adam* (KGB, III 6, p. 16).

29. Cf. J. P. Ponton, «La Librairie Visconti»: *Nice Historique* 247 (1997), 123-133. Cf. también la breve nota de P. Borel, «Une page d'histoire locale. Presque centenaire, la Librairie Visconti a vécu», en *L'Éclairneur*, 25 de febrero de 1936. Véase también lo que escribe Alfred Fouillée: «Sin saberlo, Nietzsche, Guyau y yo habíamos vivido los tres en el mismo periodo en Niza y en Mentone. Guyau no tenía el más mínimo conocimiento del hombre y de los escritos de Nietzsche; Nietzsche, al con-

se había activado un servicio de préstamo, por suscripción, de treinta mil volúmenes de publicaciones antiguas y recientes. Ciertamente la librería servía de encuentro para muchos intelectuales y artistas que se encontraban en el lugar de turismo o para curarse: desde Alphonse Karr, que había valorizado la localidad vecina de Saint Raphael, a Prosper Mérimée, de Turgenev a Guy de Maupassant, que atracaba su *Bel Ami* en el puerto llegando de la vecina Antibes donde vivía en el Chalet des Alpes<sup>30</sup>. No hay que excluir que en aquel lugar, además de leer sus escritos, abundantemente glosados y conservados en su biblioteca<sup>31</sup>, Nietzsche haya encontrado también al filósofo y sociólogo Jean-Marie Guyau, que buscaba en Mentone y en Niza el clima propicio para su frágil salud y que morirá, joven, en marzo de 1888<sup>32</sup>.

Gracias también a la riqueza de la librería Visconti, Nietzsche ha podido iniciar, en el invierno de 1883-1884, su viaje hacia Cosmopolis, la exploración del *ame moderne* a través de la confrontación cercana con la cultura francesa contemporánea que tiene gran importancia para la trama de sus textos y para la definición de temas centrales como la *décadence* y el nihilismo. En particular, aprecia a los representantes de la «Francia del gusto»: aquella «encantadora compañía» de «franceses recientísimos» de los que el filósofo en *Ecce homo* proporciona un elenco: «Paul Bourget, Pierre Loti, Gyp, Meilhac, Anatole France, Jules Lemaître, o para señalar uno de la raza fuerte, un latino auténtico al que soy particularmente aficionado, Guy de Maupassant»<sup>33</sup>.

Guy de Maupassant, valorado entre todos, es recordado aquí por Nietzsche, considerando los escritos y las cartas, por primera y única vez: las palabras so-

trario, conocía *Esquisse d'une morale sans obligation ni sanction* y *L'irréligion de l'avenir*, libros que había quizás adquirido (como la *Science sociale contemporaine* [de A. Fouillée, Paris, 1880] en la librería Visconti de Niza, que les gustaba frecuentar a los intelectuales entonces, hojeando y llevándose a casa los volúmenes nuevos) (*Nietzsche et l'immoralisme*, Paris: F. Alcan, 1902, p. ii).

30. En las crónicas locales se daba noticia del ilustre huésped y de sus movimientos: por ejemplo, el 22 de octubre de 1886, en el periodo en el que Nietzsche llega a Niza, en *Le petit niçois* se lee: «M. Guy de Maupassant desde hace algunos días está en Antibes en el Chalet des Alpes donde revisa las páginas de una nueva novela que aparecerá el 25 de noviembre en el *Gil-Blas*. El brillante novelista pasó ayer el día en Niza y ha comido con algunos amigos en el Hôtel des Anglais. M. Guy de Maupassant partirá dentro de unos días a bordo de su yate para viajar alrededor de Cerdeña».

31. En la Biblioteca de Nietzsche, conservada en Weimar, se encuentra el libro de J. M. Guyau, *L'irréligion de l'avenir. Étude sociologique*, Paris: F. Alcan, 1887, con numerosas marcas y anotaciones; mientras que se ha perdido *Esquisse d'une morale sans obligation ni sanction*, Paris: F. Alcan, 1885. La transcripción de las anotaciones de Nietzsche en *Esquisse* ha sido llevada a cabo por A. Fouillée en *Sittlichkeit ohne 'Pflicht'*, Leipzig: W. Klinkhardt, 1909, pp. 279-303.

32. La biografía de D. Halévy, *Vie de Frédéric Nietzsche*, Paris: Calmann-Lévy, 1909; nueva ed. 1944, pp. 432-433) da como seguro este encuentro. P. Mauriès, en su escrito *Nietzsche à Nice* (Paris: Gallimard, 2009), está fascinado por tal hipótesis y dedica una buena parte de su *récit* al posible encuentro y a la diversa suerte de los dos autores: uno célebre entonces y destinado a una muerte precoz, el otro casi desconocido, dejará Niza el 2 de abril para sumergirse, pocos meses después, en la locura. Véase también Y. Séméria, *Les saisons niçoises de Frédéric Nietzsche*, Nice: Les Éditions Ovidia, 2010, pp. 79-81.

33. EH, «Por qué soy tan sabio», § 3. Véase también FP IV 25[9] 1888-1889, en el que el papel preeminente que se asigna en EH a Maupassant es todavía atribuido a Bourget: «Fromentin, Feuillet, Halévi, Meilhac, los Goncourt, Gyp, Pierre Loti o, para nombrar a uno de la raza profunda, Paul Bourget, quien, con mucho, y desde él mismo, más se me ha acercado» (FP IV 776).

bre el escritor son armónicas para un juicio generalizado y toman casi a la letra expresiones de Anatole France y de Paul Bourget, que insisten ambos sobre su salud y sobre el fuerte carácter latino<sup>34</sup>. France, que ve en el escritor «el gran pintor de la risa burlona humana», a un «hombre despiadado, robusto y bueno», que hace vivir a sus personajes sin juzgarlos, cuya indiferencia «es igual a la de la naturaleza», escribe así:

El señor de Maupassant es ciertamente uno de los narradores más francos de esta tierra, donde se escriben tantos y tan bellos relatos. Su lenguaje fuerte, simple, natural, tiene un gusto regional que hace que sea muy querido. Posee las tres grandes cualidades del escritor francés, en primer lugar la claridad, luego la claridad y finalmente la claridad. Tiene el espíritu de la moderación y del orden que es propio de nuestra raza. Escribe como un buen señor normando, con economía y alegría<sup>35</sup>.

Y Bourget en los *Nouveaux essais*, en el ensayo dedicado a los Goncourt, sintetiza así su juicio: «Maupassant, el más robusto y el menos enfermizo de todos los novelistas que se han revelado en diez años»<sup>36</sup>. Bourget había dedicado al escritor el artículo *Premières Œuvres (Journal des Débats, 25 de mayo de 1884)*, en el que se alababa la «salud literaria» capaz de equilibrio. Aunque tenía en sí los rasgos de los escritores de la época («pesimismo, preocupación científica y un cuidado minucioso del estilo») Maupassant es capaz de dominarlos con «una especie de sabiduría totalmente conforme a la tradición de nuestra raza»:

Su misantropía no desemboca en la negra y furiosa calumnia de la especie humana, ni su pesimismo en la náusea universal. El mantiene buen humor en sus ironías, jovialidad en sus sátiras, finalmente afabilidad en sus repulsiones. Su amargura no induce a la crueldad. Su desprecio de la vida no es, en una palabra, inconciliable con la vida misma, como en un Flaubert o en un Baudelaire.

En la Biblioteca de Nietzsche, que se conserva en Weimar, sólo está el significativo ensayo introductorio del escritor francés a la correspondencia entre Flaubert y Sand<sup>37</sup>. El escrito es una de las fuentes principales para el juicio formulado por Nietzsche sobre Flaubert, incluso prevaleciendo en el filósofo la acentuación negativa, romántica, nihilista, encontrada en el ensayo de Bourget dedicado al autor de *Madame Bovary*<sup>38</sup>. Pero para caracterizar el «nihilismo» Nietzsche cita

34. Cf. también el ensayo «Guy de Maupassant», en J. Lemaître, *Les Contemporains*, Paris: H. Lecène et H. Oudin, 1886; particularmente para el relato —que caracteriza la producción del escritor— se usa la expresión *un goût de la race* (p. 286).

35. A. France, *La Vie littéraire*, Paris: Calmann-Lévy, 1888, pp. 54-55.

36. P. Bourget, *Nouveaux essais de psychologie contemporaine*, Paris: Lemerre 1886, BN, p. 178, con marcas de lectura.

37. G. Flaubert, *Lettres à George Sand. Précédées d'une étude par Guy de Maupassant* [I-LXXXVI], Paris, 1884, BN.

38. Cf. «Gustav Flaubert», en P. Bourget, *Essais de psychologie contemporaine*, cit., pp. 111-173. Otras fuentes para la valoración de Flaubert y para la crítica de muchos aspectos de la escuela naturalista son indudablemente los ensayos de F. Brunetière, recopilados en *Le roman naturaliste*, Paris: 1884, y el volumen de L. Desprez, *L'évolution naturaliste*, Paris: Lemerre, 1884, presentes en la Biblioteca de Nietzsche con muchas marcas de lectura. En los FP también encontramos *excerpts* y más referencias explícitas a estos textos. Estas lecturas del filósofo son importantes para la comprensión del caso

en *Crepúsculo de los ídolos* una frase de Flaubert que se encuentra en las primeras páginas del ensayo de Maupassant que insisten sobre la elección de una vida sedentaria, un «verdadero horror de la acción física»:

No podía ver caminar ni moverse a nadie en torno a él sin exasperarse; y declaraba con su voz cortante, sonora y siempre un poco teatral, que esto no era de hecho filosófico. «No se puede pensar y escribir más que sentados»<sup>39</sup>.

Y Nietzsche:

*On ne peut penser et écrire qu'assis* (G. Flaubert). [No se puede pensar ni escribir más que sentado]. — ¡Ya te tengo, nihilista! La carne del trasero es en realidad el *pecado* contra el espíritu santo. Solamente tienen valor los pensamientos que nacen *caminando*<sup>40</sup>.

Buena parte del escrito de Maupassant está dedicado, a través de la publicación de muchos inéditos cogidos del enorme material documental legado al trabajo para *Bouvard et Pécuchet*, a la lucha sin cuartel contra la *bêtise humaine*, identificada con el *bourgeois*. Nietzsche subraya muchas veces esta actitud de Flaubert y en particular en el aforismo 218 de *Más allá del bien y del mal* retoma la caracterización que hace de ello Maupassant:

La ignorancia, desde donde brotan las creencias absolutas, los principios llamados inmortales, todas las convenciones, todos los prejuicios, todo el bagaje de las opiniones comunes o elegantes, lo exasperaban. En lugar de reírse, como muchos otros, de la necesidad universal, de la inferioridad intelectual de la mayoría, él sufría terriblemente por ello. Su excesiva sensibilidad cerebral le hacía percibir como heridas las estúpidas banalidades que cada uno repite a diario. Cuando salía de un salón, donde la mediocridad de los argumentos había durado toda la noche, estaba postrado, afligido, como si se le hubiese llenado de barriles, convirtiéndose él mismo en idiota, afirmaba, pues era tan grande el poder que tenía de penetrar en el pensamiento de los demás. Siempre vibrante, tan impresionable, él se comparaba con un ser desollado, al que le sobresaltaba el dolor al menor contacto, y ciertamente la estupidez humana lo hirió durante toda la vida, como hieren los grandes males íntimos y secretos. Él la consideraba un poco como una enemiga personal, feroz en martirizarlo; y la perseguía con furia, como un cazador persigue la presa, encontrándola en el fondo de los más grandes cerebros. Tenía, para descubrirla, sutilezas de sabueso, y su mirada rápida se dirigía hacia abajo, sea que se ocultase en las columnas de un periódico o entre las líneas de un libro bello. Llegaba hasta tal grado su exasperación, que habría querido destruir la raza.

Y Nietzsche:

Wagner como ligado al «naturalismo», al romanticismo francés tardío, a la tiranía del efecto y de los colores. Impotencia, debilidad, desprecio de sí, voluntad de fuga, dominio del *milieu* (el ego plasmado), romanticismo de seres decepcionados, caracterizan la naturaleza de Wagner como la de los nuevos novelistas parisinos. Sobre esto cf. G. Campioni, *Les lectures françaises de Nietzsche*, Paris: PUF, 2001, pp. 235 ss.

39. CI, 3

40. CI «Flechas y sentencias», § 34.

Los psicólogos franceses —y ¿dónde sino en Francia existen todavía hoy psicólogos?— aún no han terminado de disfrutar hasta el fondo el amargo y multiforme placer que encuentran en la *bêtise bourgeoise*, como si, por así decirlo, [...] brevemente, con esto ellos traicionan cualquier cosa. Flaubert, por ejemplo, el honrado burgués de Rouen<sup>41</sup>, terminó por no ver ni oír ni gustar ninguna otra cosa, era este el modo de torturarse a sí mismo, su género de sutil crueldad<sup>42</sup>.

La lectura de Maupassant impulsa a Nietzsche a coger elementos positivos en la influencia de Flaubert:

Impera actualmente en el reino de la estética de la novela y del estilo —él ha llevado el francés matizado y sonoro a su apogeo—. Ciertamente le falta también a él, como a Renan y Sainte-Beuve, la disciplina filosófica, así como un conocimiento auténtico de los procedimientos científicos: pero en él se ha abierto paso una necesidad profunda de análisis e incluso de erudición junto con su pesimismo instintivo, quizá extravagante, pero bastante robusto para ofrecer un modelo a los actuales novelistas franceses. En realidad, la nueva ambición de la escuela más reciente de presentarse con actitudes científicas y pesimistas se remonta a Flaubert<sup>43</sup>.

Nietzsche critica la pretendida erudición de Flaubert como también la falta de un método científico, rasgos que por el contrario Maupassant enfatiza más veces como centrales («*Flaubert*: falsa erudición. Énfasis»<sup>44</sup>). Maupassant dedica muchas páginas al estilo de Flaubert:

Fue el más ardiente apóstol de la impersonalidad en el arte. No admitía que el autor fuese nunca adivinado, que dejase caer en una página, en una línea, en una palabra, una sola parcela de su opinión, solamente una apariencia de intención. Debía ser el espejo de los hechos, pero un espejo que los reprodujese dando a ellos aquel reflejo inexpresable, aquello no sé qué de casi divino que es el arte. No se debería decir «impersonal», hablando de este impecable artista, sino «impasible» (pp. XII-XIII)<sup>45</sup>.

La posición de Nietzsche es hostil con la pretendida objetividad de Flaubert y de los naturalistas como «equivoco moderno»: la actividad ascético-nihilista se expresa en la «impersonalidad», en el «querer ser objetivos»<sup>46</sup>, como *désintéressement* en el arte que lleva a la creencia de la belleza ideal («la belleza ideal,

41. Desprez insiste sobre el carácter burgués de Flaubert: «Tenía los prejuicios de los burgueses contra los cuales arremetía» (*op. cit.*, p. 60).

42. MBM § 218.

43. FP III 826, 38[5], 1885.

44. FP III 26[454], 1884. Nietzsche encontraba también en Desprez el elogio del método: «Madame Bovary inaugura la novela científica a través de la preocupación por la verdad, la profundidad de observación y sobre todo a través de la utilización de un método seguro, sustituido por las vacilaciones de Balzac»; «Flaubert obedece a la lógica. En su admirable método, nada se deja al azar. El novelista naturalista parte de un hecho; este hecho está ligado a otros hechos que lo han producido. No hay más que remontar la cadena» (*op. cit.*, pp. 22-23 y 28).

45. Nietzsche subraya en el ejemplar de su biblioteca (p. xiii) la palabra *impasible* que retoma en FP IV 14[199] 1888: el estudio, la desensualización, lo no-activo, lo *impasible*, *carente de afecto*, lo *solemne*. ANTÍTESIS (la especie más profunda del ser humano), p. 609.

46. FP III 25[164], 1884.

en la que cree, por ejemplo, Flaubert»<sup>47</sup>). La «pretensión de impersonalidad» de los naturalistas es «un sentimiento de que su persona es mezquina, por ejemplo Flaubert, fatigado de sí mismo como *bourgeois*»<sup>48</sup>.

Todo esto le parece a Nietzsche expresión de una decadencia y falta de fuerza vital propia del hombre moderno, frente a la energía expresada por el hombre del Renacimiento en sus obras de arte como el *palazzo* Pitti, evocado con las expresiones del *Cicerone* de Burckhardt<sup>49</sup>:

Se ha considerado «impersonal» lo que era expresión de las personas más poderosas (Jacob Burckhardt con *buen* instinto delante del *palazzo* Pitti). *Hombre violento* —igualmente Fidiás— el abstenerse de estímulos aislados. Mas a los señores les gustaría esconderse y escaparse, por ejemplo, *Flaubert*<sup>50</sup>.

Nietzsche, como se ve, hace referencia directa a las cartas de Flaubert: en particular, al ensayo de Maupassant que insistía sobre la elección del escritor de una vida retirada dedicada solo y furiosamente al arte («ha vivido al lado del mundo y no dentro de sí», p. iii).

La actividad de Maupassant era, en los años ochenta, intensa, casi frenética, llena de éxitos y reconocimientos: en particular continúa su colaboración con el *Gil Blas* con relatos y crónicas artísticas y mundanas. Ciertamente Nietzsche habrá tenido la ocasión de leer más de uno de sus escritos para llegar al juicio —que presupone una buena familiaridad— formulado en *Ecce homo*: «uno de la raza fuerte, un latino auténtico al que soy particularmente aficionado». Los temas en los que concuerdan son muchos: la naturalidad, la energía y el Sur, la frescura de visión, la plenitud vital sobre un trasfondo pesimista, la mirada desencantada, la «psicología» y el análisis. También la presencia continua en sus escritos, a partir de las primeras crónicas, de Córcega como tierra de la absoluta *sauvagerie*, primitiva («isla salvaje, más desconocida y más lejana de nosotros que América»), según un difundido estereotipo hecho de bandidos y venganzas, puede confirmar la imaginación de Nietzsche que desde Niza, muchas veces, expresa el deseo de permanecer en aquella tierra virgen<sup>51</sup>.

47. FP III 26[389], 1884.

48. FP III 25[181], 1884.

49. Cf. J. Burckhardt, *Der Cicerone. Eine Anleitung zum Genuss der Kunstwerke Italiens*, Leipzig: Bueckhardt, 1869, p. 175. Cf. FP II 11[197] 1881; FP III 25[164] 1884 y 39[13] 1885.

50. FP III 478, 25[117].

51. Cf. G. de Maupassant, «Histoire corse», en *Gil Blas*, 1 de diciembre de 1881; «Un bandit corse», en *Gil Blas*, 25 de mayo de 1882 (ambos con el pseudónimo de Maufrigneuse); «Une vendetta», en *Le Gaulois*, 14 de octubre de 1883; «Le bonheur», en *Le Gaulois*, 16 de marzo de 1884. El 12 de mayo de 1880 Köselitz escribía a Overbeck sobre la intención de Nietzsche de viajar en junio a Córcega, «en la frescura estival de Corte», y de su intención de acompañarlo. Nietzsche había mostrado su intención de pasar también el invierno en la isla, en Bastia, a donde en cambio no fue nunca. También en otoño de 1884 Nietzsche había programado con Paul Lanzky y Resa von Schirnhöfer una estancia en Córcega, pero después de haber esperado inútilmente en Niza casi un mes, Lanzky había partido solo para Ajaccio. El proyecto es abandonado definitivamente en otoño de 1888 (cf. carta a M. von Salis, 14 de noviembre de 1888, CO VI 288). Córcega representará siempre para Nietzsche una tierra de energías intactas. Véase por ejemplo la carta a Köselitz del 7 de agosto de 1885, con la que Nietzsche envía al amigo músico, con gran entusiasmo, los volúmenes de F. Gregorovius, *Corsica* (1854, <sup>3</sup>1878, BN) a fin de que consiga de uno de sus personajes «un magnífico protagonista para un

Incluso en la crónica del terremoto Nietzsche podía valorar la descripción hecha con manifiesta frialdad y espíritu de análisis, interesada en el «reflejo de este fenómeno sobre los sentidos y los nervios». Impregna la crónica el contraste entre la agitación de los hombres hecha de falsas impresiones y alarmantes noticias y la indiferencia impassible y serena de la naturaleza que engaña: desde la «encantadora aurora» que «se teñía para nosotros de un algo exasperante, repugnante, cínico», al espectáculo acostumbrado de la Riviera y del «cielo que parecía en llamas» en «un alba maravillosa». Frente a la omnipotencia de la naturaleza que se manifiesta en el cataclismo no es el miedo la emoción dominante sino la sensación absoluta de la «impotencia humana y de la precariedad» que no se presenta ni contra la guerra, ni contra la tempestad, ni contra la enfermedad, donde la lucha y la resistencia humana son todavía posibles. El refugio habitual y la seguridad del techo y de la cama se han perdido: «la imposibilidad de entrar en la propia casa hace del hombre una bestia errante, dispersa, alterada, huyendo, y llena de una angustia nueva e imprevista, la del civilizado obligado a acampar como el árabe». Ya en el relato que le ha dado la fama, en *Boule de suif*, Maupassant, frente a la furia de los ulanos prusianos, describe la impresión de la impotencia absoluta producida por el cataclismo:

En las habitaciones en penumbra los habitantes eran presa de la consternación que provocan los cataclismos, los grandes y mortales trastornos de la tierra, contra los cuales fuerza y sabiduría son inútiles. Puesto que cada vez que el orden de las cosas se invierte, cuando ya no hay seguridad, cuando todo lo que estaba protegido por las leyes de los hombres y de la naturaleza se encuentra a merced de una feroz e inconsciente brutalidad, entonces aquellas mismas sensaciones reaparecen. El terremoto que aplasta bajo las casas en ruina a un pueblo entero; el río que se desborda arrastra junto a los agricultores ahogados, cadáveres de bueyes y vigas arrancadas de los techos; o bien el ejército glorioso que masacra a quien busca defenderse y mete en prisión a los otros, que saquea en nombre de la Espada y da gracias a Dios con el ruido de los cañones: son igualmente flagelos espantosos que sacuden cualquier fe en la justicia eterna, cualquier confianza que nos ha sido enseñada en la protección del cielo y en la razón del hombre<sup>52</sup>.

Frente a la fuerza de la naturaleza, solo impotencia. Distinta es la actitud de Nietzsche que, desde sus primeros escritos, ha usado la metáfora del terremoto como fuerza en grado de remover las certezas adquiridas y de poner al hombre, con la ciencia, más allá de las propias seguridades.

Así como a raíz de los seísmos quedan destruidas y desiertas las ciudades y el ser humano levanta, temblando, su casa en forma precaria sobre suelo volcánico, la vida misma se desmorona y se vuelve débil y precaria cuando el *seísmo* concep-

libreto operístico». En la Biblioteca Nietzsche se encuentran también R. Gerber, *Ajaccio als Winterkurort und die Insel Korsika*, Zürich: Orell Füssli, 1883; T. Gsell-Fels, *Süd-Frankreich, nebst den Kurorten der Riviera di Ponente, Corsica und Algier*, Leipzig: Bibliographisches Institut, 1878; P. Bourde, *En Corse. L'Esprit de clan. Les mœurs politiques. Les vendettas. Le banditisme. Correspondance adressée au 'Temps' par Paul Bourde*, Paris: Calmann-Lévy, 1887.

52. G. de Maupassant, *Racconti e novelle*, Milano: Garzanti, 2010, p. 5.

*tual* provocado por la ciencia despoja al ser humano del fundamento de toda su seguridad y tranquilidad, a saber, de la creencia en lo inmutable y eterno. ¿Debe dominar la vida al conocimiento, a la ciencia, o el conocimiento a la vida?<sup>53</sup>.

Si en la *Intempestiva* sobre la historia la duda es todavía entre la terrible frialdad de la verdad adquirida y la conservación de un horizonte de ilusión capaz de poner a salvo al hombre genérico<sup>54</sup>, el terremoto llegará a ser a continuación la metáfora de crisis fecundas capaces de desencadenar energías repentinas y de ofrecer al hombre superior nuevos horizontes y nuevas perspectivas. Para Zaratustra, de hecho, el terremoto «es algo que sepulta muchas fuentes y provoca grandes sequías: pero saca a la luz también energías y secretos almacenados. El terremoto revela nuevas fuentes. En el terremoto de los viejos pueblos, surgen fuentes nuevas»<sup>55</sup>, así como ya en *Humano demasiado humano* el ennoblecimiento del hombre y su progreso intelectual pasaban por «la inoculación en sus heridas abiertas de venenos metafóricos en sus estructuras más sólidas»<sup>56</sup>.

No se trata de la actitud investigadora del científico o del *pathos* del sublime romántico frente a la fuerza rompedora de la naturaleza; ni del replegarse del hombre de pensamiento o de la protesta del «espíritu» frente a la falta de sentido de la existencia<sup>57</sup>: cuanto del carácter positivo de la pérdida de toda referencia dada y de

53. UPH § 10, en OC I 746.

54. Solo una fuerza superior está en grado de aceptar el carácter terrible de una existencia sin ningún punto de referencia estable. En PHG § 5, a propósito de Heráclito se lee: «El devenir único y eterno, la completa inconsistencia de todo lo real, que continuamente actúa, deviene y no es, como lo enseña Heráclito, es una idea terrible que aturde, y su influencia muy parecida a la sensación que se tiene durante un terremoto cuando se pierde la confianza en la solidez de la tierra. Se necesita una fuerza extraordinaria para transformar este efecto en su opuesto, en lo sublime y en el feliz asombro» (OC I 586). Véanse también *Los filósofos preplatónicos* (KGW II 4, p. 272): «El eterno devenir en un primer momento tiene algo de espantoso y de inquietante: se puede comparar de una manera muy apropiada con la sensación que tiene alguien en medio del mar o de un terremoto, cuando todo se mueve. Se requiere una fuerza notable para transformar este efecto en su contrario, en una impresión de placer sublime y asombro. Si todo está en devenir, entonces ningún predicado puede ser atribuido a una cosa, sino que debe ser transportado al flujo del devenir» (OC II, *Los filósofos preplatónicos*).

55. Za III § 25, «De las tablas viejas y nuevas». El acontecimiento que está también al comienzo del duro camino del «espíritu libre», «la gran liberación», llega al espíritu vinculado por la veneración y la costumbre, «de repente, como un temblor de tierra: el alma joven se siente de golpe agitada, desligada, arrancada, ella misma no comprende lo que sucede. Es una instigación, un impulso que se ejerce y se adueña de aquellos como una orden; se despierta una voluntad, un deseo de ir adelante, sea donde sea y a toda costa; una violenta y peligrosa curiosidad hacia un mundo no descubierto flama y resplandece en todos los sentidos» (MA «Prefacio», § 3). Richard Wagner, en las últimas páginas de *Oper und Drama*, ha utilizado una metáfora análoga: «No tendremos fe y valentía hasta que escuchando el pulso de la historia no oigamos el murmullo de aquella vena de agua eternamente viva y que, oculta bajo las ruinas de la civilización histórica, discurre inagotable en su originaria frescura. ¿Quién no siente ahora en el aire el terrible y pálido bochorno que preanuncia el temblor de un terremoto? ¿Nosotros que oíamos discurrir aquella vena de agua, debemos quizás tener miedo del terremoto? ¡Ciertamente no! Puesto que sabemos que el terremoto arrasará el terreno y preparará a la fuente el lecho el río en el que veremos discurrir sus ondas vitales». R. Wagner, *Sämtliche Schriften und Dichtungen*, Leipzig: Breitkopf & Härtel, 1911, p. 227.

56. Cf. HH I § 224.

57. Piénsese en las distintas reacciones suscitadas por el terrible terremoto de Lisboa de 1755, en particular el *Poème sur le désastre de Lisbonne* y el *Candide* de Voltaire: la catástrofe irrumpe con

la actuación de una convulsión que haga del hombre —«fiel a la tierra»— un habitante de comarcas inciertas<sup>58</sup>. La fe en la tierra no significa de hecho la búsqueda de seguridad y estabilidad, el sumergirse pacífico en el seno materno<sup>59</sup>.

A excepción del «concienzudo del espíritu», que busca en Zaratustra un sustituto de las certezas ya conflagradas, el hombre superior se abandona al experimento y al peligro:

Y, en verdad, juntos hemos hablado y pensado bastante, antes de que Zaratustra volviese a su caverna, como para que yo no supiese: nosotros *somos* distintos.

*Buscamos* también cosas distintas aquí arriba, vosotros y yo. Yo busco, en efecto, *más seguridad*, por ello he venido a Zaratustra. Él es aún, en efecto, la torre y la voluntad más firme

hoy, cuando todo vacila, cuando la tierra entera tiembla. Pero vosotros, cuando miro los ojos que ponéis, casi me parece que lo que buscáis es *más inseguridad*,

— más horrores, más peligro, más terremotos. Vosotros apeteceís, casi me lo parece, perdonad mi presunción, vosotros hombres superiores —

— vosotros apeteceís la peor y más peligrosa de las vidas, la cual es la que más temo yo, la vida de animales salvajes, vosotros apeteceís bosques, cavernas, montañas abruptas y abismos laberínticos.

Y no los guías que sacan del peligro son los que más os agradan, sino los que sacan fuera de todos los caminos, los seductores. Pero si tales apeteencias son reales en vosotros, también me parecen, a pesar de ello, *imposibles*.

El miedo, en efecto, — ése es el sentimiento básico y hereditario del hombre; por el miedo se explican todas las cosas, el pecado original y la virtud original. Del miedo brotó también mi *virtud*, la cual se llama: ciencia<sup>60</sup>.

Nietzsche mismo, en su presentación al mundo en plena actuación de su «tarea fatal» —la transvaloración de todos los valores— quiere ligar a su nombre «el

amargura en el «mejor de los mundos posibles», en la teodicea de Leibniz. En los *excerpta* escolares de Pforta (abril de 1863-septiembre de 1864) de la *Geschichte der französischen Literatur im XVIII Jahrhundert* de Hermann Hettner, Nietzsche retoma las observaciones de Voltaire después del terremoto de Lisboa (KGW I 3, pp. 219-220). Recordemos cómo también Thomas Mann, en *La montaña mágica*, atribuye al iluminista-humanista Settembrini la valoración de la rebelión del espíritu, la defensa volteriana de su dignidad, contra el absurdo del hecho brutal, de la catástrofe natural del terremoto de Lisboa. Mann, para conseguir datos históricos sobre la figura de Settembrini, había utilizado el mismo texto de Hettner que Nietzsche había esquematizado en Pforta (cf. L. Crescenzi, «Note di commento», en T. Mann, *La montagna magica*, trad. italiana de R. Colorni, ed. de L. Crescenzi, Milano: Mondadori, 2010, pp. 1197 ss.).

58. Es la metáfora del «vivir peligrosamente», de construir la propia casa en las «laderas de los volcanes», a la que Nietzsche a veces recurre. Evidentemente atraído por el tema, en su biblioteca se conserva K.W.C. Fuchs, *Vulkane und Erdbeben*, Leipzig: Brockhaus, 1875.

59. Robert Musil, con explícitas referencias a Nietzsche, confía a la función disgregadora del espíritu, a los resultados de la sismología («Hay cerca de 9.000 terremotos al año, por lo tanto uno cada dos horas. De estos unos 5.000 son perceptibles y unos 200 graves y devastadores»), la tarea de desmitificar la solidez de la tierra-madre: el número y la fuerza destructiva de los terremotos desmienten la imagen tranquilizadora que pone «en la tierra (en el suelo pario) la quintaesencia de la paz y del principio materno. Una nueva idea del hombre que avanza sobre una cuerda que se balancea o vive en medio de una constante inquietud. Empequeñecerse, junto a estas, de las catástrofes específicamente humanas. Moral heroica» (cf. R. Musil, *Diari 1899-1941*, Torino: Einaudi, 1980, pp. 1116-1117).

60. Za IV, «De la ciencia».

recuerdo de algo enorme, una crisis tal que nunca se había visto sobre la tierra»: la imagen, bien conocida, es la de la «dinamita»<sup>61</sup>, destinada a hacer saltar por los aires la falsedad milenaria. Puesto que ahora «la verdad da batalla a la milenaria mentira, tendremos convulsiones, un espasmo de terremotos, montes y valles se desplazan, como nunca se había soñado»<sup>62</sup>.

Y Gottfried Benn, retomando la imagen, afirma con fuerza: «para mi generación él ha sido el terremoto de la época».

[Traducción de Luis Enrique de Santiago Guervós]

61. J. V. Widmann, en la revista *Bund* del 16-17 de septiembre, había comparado el peligroso libro de Nietzsche (MBM) con la dinamita usada entonces para excavar el túnel del Gotardo. Nietzsche, entusiasta de esta comparación, la incluye en las cartas del periodo, hasta hacer de ella una especie de autocelebración: «Nada de lo que existe permanecerá en pie, soy más dinamita que hombre»; «todo ha saltado por los aires, soy la dinamita más espantosa que existe» (cartas a P. Deussen, 26 de noviembre de 1888, y a G. Brandes, primeros de diciembre de 1888, CO VI 305 y 312).

62. EH «Por qué soy un destino», § 1.

